

16) “¿Quién es mi prójimo?”

“Un doctor de la Ley se levantó y dijo para tentarle: «Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?» Jesús le dice: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?» Y éste le respondió: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo». Y le dijo: «Has respondido bien: haz esto y vivirás». Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?»

Jesús continuó: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos salteadores...» (Lc 10,25ss).

La parábola del “buen Samaritano” está inserta en el diálogo entre un doctor de la Ley y Jesús, diálogo lleno de preguntas por ambas partes, y es el juego de las preguntas y respuestas el que iluminará la conversión que Jesús pide a aquel doctor de la Ley y a cada uno de nosotros.

La pregunta inmediata que provoca la parábola de Jesús es “¿Y quién es mi prójimo?”. Pero no hay que olvidar que esta pregunta es la consecuencia de otra: “Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?”.

La primera pregunta, aunque es planteada por el doctor de la Ley para poner a Jesús a prueba, es la pregunta fundamental, porque tiene que ver con el sentido de la vida y nuestra responsabilidad ante nuestro destino. Cada hombre lleva en sí el deseo de una vida plena, el deseo de vivir bien, de alcanzar el fin de la vida, una vida eterna. Jesús reenvía a aquel hombre a la tradición en la que se ha formado y de la que es doctor. Dios, en efecto, ha revelado al pueblo hebreo el camino de la vida eterna, que pide sustancialmente amar a Dios y al prójimo. Aquel hombre lo sabe, conoce de memoria su catecismo: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo”.

No hay más que vivir esto para ser felices. Pero aquel hombre, que quería poner a Jesús a prueba, se encuentra a su vez puesto a prueba. Tiene que admitir que entre el catecismo y la vida concreta, las cosas no se dan por descontado. Sí, ciertamente, sería suficiente amar a Dios y al prójimo, pero de hecho, en la práctica, el amor al prójimo se ve con frecuencia comprometido por las personas que están cerca de nosotros. ¿No existiría una definición del prójimo que nos permitiera amar al prójimo sin demasiados roces? El hombre está obligado a salir del catecismo y a plantear una pregunta que no parte solo de su corazón sediento de vida eterna, sino de su vida de cada día: “¿Y quién es mi prójimo?”.

Jesús ha obtenido así un resultado en aquel hombre: le ha obligado a hacer la unión entre la pregunta sobre la vida eterna y la del amor a los demás. Antes, probablemente, no refería la pregunta sobre el sentido de la vida sino a la cuestión del amor de Dios. El amor del prójimo era un asunto accidental, al lado de la cuestión religiosa sobre la que estaba concentrado, dado también que era su oficio.

“¿Y quién es mi prójimo?”. Da la impresión que la pregunta le salga a su pesar y que se muerda la lengua nada más haberla pronunciado. Pero ya es demasiado tarde, y Jesús ha comenzado a contar su parábola. Y al final de la parábola, Jesús sorprende al jurista con otra pregunta: “¿Quién de los tres te parece que es el prójimo de aquel que cayó en manos de los salteadores?” Y le pide que sea él mismo

aquel prójimo misericordioso que fue el Samaritano para el hombre herido: “Ve y haz tú lo mismo”. Lo que significa: Sé tú también el prójimo de tu prójimo; preocúpate por ser el prójimo de los demás.

Así, el doctor de la Ley ha sido conducido por Jesús a evolucionar, pasando de una pregunta a la otra, a la verdadera pregunta que debemos plantearnos si queremos “heredar la vida eterna”. La primera pregunta que el jurista se plantea y que plantea a Jesús es: “¿Qué debo hacer?”. Tiene que ver consigo mismo, pero al nivel del *hacer*, no del *ser*. La segunda pregunta es: “¿Quién es mi prójimo?”. Ya no se trata de un “¿qué?”, sino de un “¿quién?”; una pregunta, por lo tanto, más personal. Pero todavía el “¿quién?” son los otros, no él, el doctor de la Ley. La tercera pregunta, el Evangelio no la trae explícitamente, pero la leemos en el pensamiento del hombre, si de verdad ha escuchado a Jesús. Esta debería ser: “¿Soy el prójimo de los demás?”. Es la pregunta esencial, porque tiene que ver con el sujeto que la plantea. Es un modo de preguntarse “¿Quién soy yo?”, que es una pregunta fundamental para ser conscientes de la propia identidad, pero está planteada con miras a los demás, en relación con los demás. Jesús conduce a aquel hombre a comprender que no puede plantearse ya la pregunta sobre el camino de su vida, sobre su destino de eternidad, ni sobre los demás, sino comenzando por plantearse sobre sí mismo en relación a los demás, sobre sí mismo y en relación al prójimo. Los demás, sobre todo los pobres y los heridos, las víctimas del mal, de la maldad, forman parte de la definición de nuestro “yo”.

Y nosotros, que vivimos en comunidad, en relación con tantas personas presentes o ausentes, tenemos también que dejarnos conducir por Jesús para plantearnos esta pregunta: “¿Soy prójimo de los demás? ¿Soy el prójimo de mis hermanos? ¿Soy el prójimo de tal hermano, de tal hermana en particular, o de tal persona que encuentro y que necesita de mi amor, de mi presencia, de mi escucha, de mi cuidado, de mi compasión?”.

Cuando se lleva en el corazón esta pregunta, los demás, incluso si nos “molestan”, se convierten en un encuentro siempre precioso y bendito, porque hacen posible el que podamos llegar a ser verdaderamente nosotros mismos, como Dios nos quiere y nos ama. Nos consiguen el que comencemos a participar de la vida eterna.

Hemos visto que Jesús ha llevado al doctor de la Ley, a quien relata la parábola del buen Samaritano, a plantearse la verdadera pregunta: “¿Soy el prójimo de los demás?”, y a plantearse en la forma correcta de la pregunta fundamental: “¿Quién soy yo?” y como verdadero camino hacia la vida eterna que desea aquel hombre. Jesús lo conduce a comprender que la pregunta sobre el sentido de su vida no debe ser planteada solo con respecto a su “yo” o solo en relación con los demás. Es una pregunta que no debe ser ni egoísta ni altruista. La cuestión del sentido de la vida es afrontada de un modo adecuado solamente si no se separa el propio “yo” del otro, del prójimo, pero tampoco el otro del propio “yo”. Decir yo, yo, yo, y decir los otros, los otros, los otros, es igualmente equivocado. Jesús conduce a aquel hombre a volver a centrarse a reequilibrar el problema de la vida eterna, preguntándose si su yo es cercano, o mejor aún, si es el prójimo del otro. Redefinirse a sí mismo como el prójimo del otro sitúa el “yo” en su verdadero ámbito, el ámbito de su verdad, y los demás en el ámbito de su verdad.